

tas injustificables preocupaciones, con que vemos lo que más debía interesarnos: el cultivo esmerado de nuestro espíritu al influjo bienhechor de la religion, y cierto temor de parecer sumisos y creyentes en una época en que todos blasonan de incrédulos y escépticos; es la tibieza de nuestro carácter voluble y caprichoso, que nos impide hacer lo que tal vez deseamos ardentemente; es, en suma, la indiferencia en materias religiosas, que nos ha invadido y que casi nos domina ya. Á lo cual hay que agregar la desconfianza que abrigamos de que sean bien vistos por los demás los actos de nuestra fé y de nuestro respeto á Dios. ¡Cuántos, por ejemplo, toman ceniza con la mayor devocion en los templos, y se borran la cruz ántes de salir á la calle, miétras muchas señoritas se pasean á la mitad del día por los lugares más concurridos sin mortificarse ni avergonzarse de llevar en sus blancas frentes el sagrado signo de la redencion!

¿Qué significa este contraste? Significa que hoy nos dan ejemplo de valor y de entereza las mismas á quienes con nuestro orgullo apellidamos ignorantes y fanáticas, nosotros los hombres ilustrados del siglo XIX!



LA SEMANA SANTA.

I

HA llegado con sus días de luto y de tristeza, con sus horas de recogimiento y de oracion: días en que nuestra alma se siente llena de suave y dulce melancolía, y en que buscamos la soledad y el silencio como necesarios para recordar los sucesos de la redencion humana, sin duda los más maravillosos que se registran en la historia; días, en fin, en que acudimos á los templos á orar con esperanza y con fé, y en que nuestro corazon experimenta piadosas y profundas emociones.

Dejemos ya los espectáculos del mundo; abandonemos los paseos, los teatros, los lugares todos de recreo á que íbamos á buscar frívolos placeres y peligrosos pasatiempos. Léjos de nosotros los halagos y encantos de las pasiones juveniles, los ardorosos ensueños de la adolescencia, las alegrías, las amistades y los amores que sólo traen inquietudes para el alma. Procuremos ahora olvidarlo todo, y preparémonos á la oracion: acudamos presurosos al solitario

retiro de las casas de Dios; reconcentrémonos allí en nosotros mismos, para poder disfrutar del bienestar y de la paz con que nos brinda la religion.

II

¡La Semana Santa! ¿Quién no siente su espíritu agitado por los recuerdos al pronunciar esta palabra? ¿Qué pecho no se conmueve ante la poesía sencillamente grandiosa de estos días santos?—La cándida fé de los primeros años, la dulce calma de la inocencia, el infantil regocijo de nuestra niñez; y luego, la adorada imágen de nuestra madre que nos conducía al templo, el sacerdote absolviéndonos por primera vez, la virginal pureza de nuestro corazón al acercarnos tímidamente á la mesa de la Eucaristía: ¡todo viene á nuestra memoria á recordarnos épocas mejores y días serenos y tranquilos!

Hoy todos los pueblos cristianos se entregan á las íntimas expansiones de su amor y de su fé: celebran el triunfo del Salvador del mundo, y buscan en la penitencia tesoros de regeneradora gracia.—En las aldeas, donde siempre abundan los corazones sanos y sencillos, donde el sentimiento religioso se mantiene vivo y puro, véanse acudir de todas partes montañeses y campesinos, y pobres y piadosas mujeres, que dejan sus hogares, sus campos, sus montañas, sus labores, para ir al modesto templo á escuchar de labios del sacerdote la grandiosa historia de la redencion. Son sus miradas tímidas y

humildes, su fervor religioso hondo y verdadero, su fé y su piedad de una unción casi primitiva: muéstranse conmovidos con la pasión de Jesucristo, lloran sus faltas y extravíos con sinceridad, y en sus plegarias hay recogimiento y angustias, zozobras y esperanzas, todo á un tiempo!

Es de ver en estas venturosas poblaciones la animación que reina desde el Viérnes de Dolores. Agítanse las familias preparando sus íntimas fiestas de la casa, instruyendo al niño que va á hacer su primera comunión, disponiendo ramos y adornos para el *monumento* de la iglesia. Las flores del campo engalanan el santuario de la Virgen, y verdes ramos de pino, rosas encendidas por el sol de Abril, incienso nuevo tomado en los cercanos bosques, perfuman el templo y los velos de los altares. Todos abandonan sus trabajos desde el Domingo de Ramos, día en que llevan á bendecir las frescas palmas de los valles para conducir las después á sus moradas y colocarlas sobre la puerta ó sobre el techo; todos hablan de la sencilla plática del sacerdote, y con su ignorancia y su candor casi infantil, ningun detalle deja de interesarles, ningun pasaje del Evangelio de conmovellos. ¡Con qué respeto, con cuánto temor se acercan siempre á los pies del confesor! ¡Qué tranquila serenidad brilla después en sus semblantes! Los niños buscan también el atractivo de las ceremonias de la iglesia; se enternecen pronunciando sus oraciones á María, y hacen mil preguntas á sus madres sobre todo lo que ven: el aroma de las flores y del incienso se

une á sus plegarias, y parecen éstas subir al cielo llevadas por los ángeles.

Durante las horas del Juéves y Viérnes Santos, nada se oye en las aldeas: un triste y grave silencio convida á la meditacion; todos callan y rezan, hasta que los alegres repiques del Sábado de Gloria traen nuevos y ruidosos goces.

III

En las ciudades hay tambien el mismo bullicio de las aldeas; pero en ellas todo aparece grande y solemne. La concurrencia es más compacta y numerosa, los templos más espaciosos, su aspecto y las ceremonias de la religion, de imponente y magnífica suntuosidad. Brillan millares de luces en los altares, suben hasta el cielo blancas nubes de aromoso incienso, resuenan en las bóvedas los cantos majestuosos de los ancianos del coro, y la riqueza misma de los ornamentos sagrados da más brillo y esplendor á esas fiestas de la religion.— ¡Cuántos misterios y cuánta poesía se encierran en cada una de ellas, en cada frase que pronuncian los sacerdotes! El recuerdo del pueblo de Israel les comunica su perfume, el espíritu de los profetas los anima, la pompa oriental les da su majestad: ora se oyen las imprecaciones tremendas de Isaías y Jeremías, ora los cantos lúgubres del lúgubre Ezequiel; ya son los gritos que el dolor arranca al pecho de David y los gemidos de su arrepentimiento, ya los inefables cantos de los niños de Jerusalem y de los queubines del cielo. Os parece escuchar el rumor

suave de las olas del mar de Galilea y la palabra tranquila del Salvador de los hombres; ver aquéllas campiñas de Judea perfumadas por la flor de Jericó, regadas por las aguas cristalinas del Jordan, santificadas por la presencia del Hijo de María y de la Virgen Inmaculada; contemplar el regocijo del pueblo y luego sus iras y sus injustas venganzas, su sed de sangre, su furor y su maldad. Os parece estar presentes en aquellas escenas del Calvario, y vuestro corazón, vuestra alma, todo vuestro sér, se sienten presa de crueles y mortales angustias.

El Evangelio entero pasa entónces á vuestra vista con sus hermosos y tranquilos episodios, con sus risueños paisajes, con sus escenas de caridad y de amor; recordais el nacimiento de Jesus en Betlem, los inocentes goces de su infancia y su niñez, en medio de la oscuridad y la pobreza. Vedle ahora recorriendo las aldeas y los valles, los montes y las orillas de los lagos, predicando su celestial doctrina, acariciando á los niños, perdonando á los pecadores: va seguido siempre de inmensa muchedumbre, que le escucha con interés y con amor. Vedlo dando luz á los ciegos, movimiento á los paralíticos, paz á los que sienten en su pecho las crudas agitaciones del remordimiento. Por todas partes su misericordiosa bondad derrama tesoros de gracia y de salud eterna, dejando á los justos y á los pecadores un testimonio vivo del amor de su corazón: aquí consuela á un enfermo y le recompensa su fé; allí reprende con dulzura á un pecador, describiéndole su delito en sencilla parábola; ya le vemos encendiendo

en el corazón de Magdalena aspiraciones á la vida del cielo, ya perdonando á la mujer adúltera y confundiendo á sus acusadores; en una palabra, *va haciendo el bien por donde quiera que pasa.*

Hé aquí por qué aman á Jesus todos los desgraciados, y lo buscan los niños, y lo solicitan los enfermos; hé aquí por qué sus palabras quedan grabadas en el corazón de la multitud, y por qué los pobres sólo ven en él á un padre y un amigo. “Sus milagros—dice Bossuet—más tienen de bondad que de poder;” y Chateaubriand se expresa así cuando habla de Jesucristo:—“Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido en el seno de Juan, ó encomendando á su Madre á este discípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera, y en todo le encuentra la piedad bendiciendo las tribulaciones del desdichado. Su inocencia y su candor se descubren en su amor á los niños; la fortaleza de su alma brilla en medio de los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia.”

¿Qué decir también de la Madre del Salvador? Su humildad le da inmortales resplandores, su virtud heroica la eleva sobre todos los seres de la tierra, sus dolorosas tribulaciones la hacen digna de la predilección de Jehová, y brillan en su castísima frente, como dijo el poeta español,

De madre la diadema esplendorosa,
De virgen la guirnalda inmaculada,
Y la aurora inmortal, cándida y pura.
De la no merecida desventura.

Desde que Jesus se aparta de su lado para ir á predicar su doctrina, María vive en la soledad, entregada á la oración y al recogimiento: sólo los dolores de su Hijo la apartan de su oscuro retiro, y la llevan á participar de ellos, en medio del pueblo de Jerusalem, al pie mismo de la cruz en el Calvario. ¡Qué ejemplo de amor y abnegación para las madres!—Y es que la Virgen ama también al hombre y quiere su redención; debe sufrir como su Hijo, para que así el prodigio sea más milagroso y meritorio.

IV

El Domingo de Ramos la Iglesia recuerda la entrada de Cristo en Jerusalem: el pueblo se llena de regocijo, sale al encuentro del rey de Israel y alfombra de flores el camino que conduce á la ciudad. “*Hossana!*—dicen todos.—*Salud y gloria al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor; hossana en lo más alto de los cielos.*”

¿Qué cuadro hay más tierno é interesante que éste?—La fé en las promesas que anunciaban al Mesías, iluminando los corazones de aquellos hijos de Judea, la sencillez y el candor de los niños, la inocente alegría de las vírgenes, el santo alborozo de los ancianos y de las madres: todo anunciaba prosperidad y ventura, salvación y eterna dicha al creyente pueblo de Dios. Y sin embargo, pronto las pasiones, y el odio y la ira de los hombres, llevarán á un patíbulo á este manso Jesus á quien Jerusalem recibe ahora con verdes palmas de triunfo. Cum-

pliránse así las profecías, y el pueblo de Judea vendrá á ser despues por todos los siglos el lubribo de la tierra.

V

Poseído ya Jesucristo de aquella *tristeza mortal* de que habla á sus discípulos en el Huerto de los Olivos, se dirige con ellos tranquilamente á la ciudad y penetra en la casa donde se ha preparado la Pascua. Siéntase á la mesa por última vez; y en esta cena que las generaciones recordarán eternamente, instituye el más adorable y misterioso de los sacramentos. ¡Cuánto amor al hombre, qué predileccion tan señalada hácia la criatura, qué encendida y sublime caridad la del Hijo de María! No le basta haber bajado del cielo para revestirse de nuestra naturaleza y someterse gustoso al yugo que pesa sobre los hombres; no le basta tampoco haber sembrado en los corazones la divina semilla de su doctrina, ni haber orado por nosotros y aliviado nuestros quebrantos. Su pobreza y su humildad habían edificado al mundo; y sin embargo, todavía esa noche ensalza estas virtudes con su ejemplo. Su enseñanza había comenzado á fructificar, la fé iluminaba las almas; y no obstante, quiere sellar su predicacion con el martirio, y dejar á la humanidad en la Eucaristía una prenda eterna de su amor.

Y se acerca por fin la hora suprema anunciada por los profetas: la redencion comienza. Jesus sale de la ciudad, seguido siempre de los apóstoles, y con semblante sereno y melancólico les dice:

—“Mi alma está poseída de una tristeza mortal; esperad aquí y orad conmigo.”—Volvió despues á sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo á Pedro:—“¿Es posible que no hayas podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en tentacion. Que si bien el espíritu está pronto, mas la carne es flaca.—Volvióse de nuevo por segunda vez y oró diciendo: “*Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.*”—Dió despues otra vuelta, y encontrólos dormidos porque sus ojos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se retiró aún á orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió á sus discípulos y les dijo:—“Dormid ahora y descansad: hé aquí que llegó ya la hora, y el Hijo del Hombre va luego á ser entregado en manos de los pecadores.”

Imposible es en verdad no conmoverse ante esta sublime sencillez del Evangelio. ¡Qué palabras! Vemos aquí á Jesucristo quejarse blandamente de la soledad en que le dejan sus únicos amigos; y luego aquella tristeza que inunda su alma, aquella mansedumbre y resignacion propias sólo del Justo de los justos.

Un sordo rumor se oye á lo léjos: ruido de armas viene á turbar el tranquilo silencio de la noche.... Hé aquí á los verdugos de Cristo: hieren al pastor y las ovejas se van descarriadas....

VI

¡El Viernes Santo! “Hé aquí—dice el Vizconde Walsh—el día de la grande tristeza cristiana, día que las campanas no anuncian, en que los altares no tienen sacrificios y en que los santuarios de luto no resuenan sino con lamentaciones; día en que las madres dicen á sus niños: *Hoy Nuestro Señor ha muerto, y es preciso hacer penitencia con nosotros.* En este día el duelo no ha de reducirse á los altares, sino que ha de hallarse tambien en todas las casas cristianas. No es bastante que cesen los cánticos en las iglesias; es preciso que no haya regocijo en los hogares.”

En efecto, es tal la tristeza de este día; hay tanta afliccion en los espíritus, y tan vivamente se presentan en nuestra memoria los dolorosos episodios de la Pasion de Jesucristo, que todo nos parece lúgubre y sombrío en la naturaleza. —En las iglesias véñse fieles arrodillados esperando los oficios del día. Los altares están desnudos; velos negros cubren las imágenes, y ni el órgano ni los cantos de los sacerdotes se oyen ya resonar bajo las bóvedas. ¡Todo es silencio y soledad! Entónces nuestros pensamientos son graves y tristes, gime nuestra alma de dolor, y el bálsamo del arrepentimiento derrama sobre ella preciosos y dulces consuelos. ¡Cómo se desea la lectura de los libros santos, qué apropiado nos parece su lenguaje para expresar nuestras ideas y sentimientos, cuánta elocuencia y ardor encontramos en sus páginas!

Abandonado Jesus por sus discípulos, entregado por Júdas á la negra perfidia de los escribas y fariseos; solo en medio de aquella multitud ávida de sangre; víctima de las burlas é injusticias de todos, no levanta su voz para quejarse; sufre los ultrajes, sin que la ira aparezca en su bondadoso semblante. Si levanta los ojos para ver á sus verdugos, sólo se lee en ellos la dulzura inagotable y la santa mansedumbre de su corazon;

Ojos llorosos que piedad inspiran
Ojos sin ira que el perdon predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran.
Ojos que tiernos al mirar bendicen.

En la tremenda cumbre del Calvario aparece María, la vírgen sin mancilla visitada por los ángeles; de pureza inmaculada, de corazon más tierno y más hermoso que el de la cándida paloma de los vergeles de Judea: madre amorosísima cuyo dolor no puede compararse al que sufren los humanos. Ve á su Hijo suspendido de la cruz, cuando los ardores del sol de medio día marchitan las flores de los valles; ve su cuerpo cubierto de heridas y de sangre, penosamente abatido por agudos sufrimientos. . . .

“Desde la hora de sexta hasta la hora de nona—dice el Evangelista—quedó toda la tierra llena de tinieblas. . . . Entónces Jesus, clamando de nuevo con una voz grande y sonora, entregó su espíritu. Y al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba á abajo, y la tierra tembló, y se partieron las piedras, y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de

muchos santos, que habían muerto, resucitaron. . . .”

El ánimo se suspende ante esta terrible escena: preséntanse vivos en nuestra memoria la agonía del Hijo de Dios y los dolores de María, y palpita nuestro corazón enternecido y angustiado.—¿Quién podrá expresar lo que se siente en tales momentos al oír los salmos de David y los acentos inmortales de los profetas! Tan sólo aciertan á hablar el arrepentimiento y la fé, el dolor y la esperanza. . . .

VII

Al día siguiente, Sábado de Gloria, “los sacerdotes leen las profecías, y en estas páginas inspiradas, ¡qué sucesión de magníficos cuadros! —Es Dios sentado en su poder, ántes del tiempo, fecundando el caos para sacar de él al mundo: la tierra con sus árboles, montes y ríos; la mar con sus profundidades y abismos; el firmamento con sus estrellas, la luna y el sol; la luz naciendo con una sola palabra;—es el patriarca Noé salvado del diluvio, las aguas que suben, el arca que flota, el cuervo que se pierde y la paloma que vuelve con el ramo de olivo;—es Dios que pide á Abraham un sacrificio que no hubiera pedido á una madre: el ángel que detiene el brazo del padre, é Isaac salvado;—es el mismo Dios de los ejércitos, Jehová el eterno entre una nube luminosa, extendiendo el terror y la muerte entre los egipcios, y sumergiendo entre las ondas hombres y caballos, carros y rey, y todo su ejército;—es Dios diciendo á

Israel: que el impío abandone su senda y el malvado sus pensamientos de injusticia, para que vuelvan á Dios, que tendrá misericordia de ellos, porque los pensamientos de Dios no son los pensamientos de los hombres; y como la lluvia y las nieves cayendo de las nubes no vuelven á subir, sino que humedecen los campos y los fertilizan, así la palabra del Señor, una vez salida de su boca, debe fructificar.” *

En este día, las calles y los paseos públicos se ven concurridísimos: hay por todas partes verdes y frescas enramadas, se adornan las tiendas y los establecimientos de comercio, y en las casas, la madre de familia se agita inquieta disponiendo el banquete del día ó preparando á los niños para su paseo; y lee en la tarde rodeada de sus hijos y sus criados el Evangelio y *El por qué de las ceremonias*.—¡Oh recuerdos del hogar y de la familia, de la religion y de los primeros años de la vida! ¡Oh días de tristeza y de oracion, en que nos entregamos todos á meditar en altos y profundos misterios! ¡Cuánto se deleita el alma en aspirar la dulcísima poesía que los llena! Porque nada hay tan hermoso, tan tierno y tan consolador como las emociones que producen los días de la Semana Santa: cada una de sus ceremonias tiene un alto significado moral, envuelve una enseñanza ó trae consuelos á las almas atribuladas: sus horas están llenas de recogimiento y de tristeza, excitan á la piedad, avivan la fé y como que obligan á los corazones á reconcentrarse en sí mis-

* Walsh. *Fiestas Cristianas*

mos, para sacar mayor fruto de la meditacion que en este tiempo se consagra á la Pasion del Redentor.—Muchos, que en el resto del año la tienen olvidada, la recuerdan ahora conmovidos y fervorosos, sorprendidos de que sucesos tan sublimes no tengan á la humanidad en perpétua adoracion y confusion.

De aquí que los creyentes, y aún los que no lo son, sientan renacer en su alma en estos días santos la fé de la primera edad, se entreguen á la oracion y á las prácticas piadosas, y olviden las disipaciones y los compromisos del siglo. Los templos se ven más concurridos que nunca, crece el auditorio al rededor de los oradores sagrados, y por millares de millares se cuentan los que se acercan al tribunal de la penitencia y á la Mesa de los Ángeles.

Estas maravillas, obra de la gracia, demuestran además que la humanidad está firmemente adherida al Árbol augusto de la Religion, y que para separarla de él no bastarán nunca ni el huracan de la impiedad, ni los vaivenes y vacilaciones de los hombres.



CARÁCTER Y COSTUMBRES.

I

APÉNAS si se encontrará carácter más voluble que el nuestro, génio más descontentadizo, aspiraciones más raras é inexplicables que las que abriga nuestro público. Nada hay fijo, nada es permanente entre nosotros, siquiera se trate de cosas que merezcan la atencion. La sociedad mexicana parece que se ha acostumbrado ya á verlo todo sin cuidado y sin exámen; á veces con descuido, á veces con la más criminal é irritante indiferencia. Ora se entusiasma con alguna idea nueva que se le presenta, para luego abandonarla; ora la recibe y la ve al través de una tonta frivolidad; ó ya finalmente, critica con acritud y se lamenta de que nada corresponda á la importancia y valer que ella misma se da.—De aquí tantas contradicciones, tantos errores en el obrar, tantos juicios apasionados, y tantas y tan frecuentes injusticias.

Si carecemos de diversiones y el fastidio es nuestro único y forzoso compañero, las lamen-
C.—8